

brillante actuación de Jude Law, su modo de caminar, su cándida brutalidad; quizás porque la política de Dios contiene, además de su práctica terrenal, el misterio de la fe. *The Young Pope* está por decirnos algo, está a punto de develarnos algo que es la verdad. Y no por su contenido. Aquí no opera la premisa que comanda *House of Cards*, a través de la cual debería poner en escena las bambalinas maquiavélicas del Vaticano. No, aquello está en segundo plano.

Su director, Paolo Sorrentino (ganador del Oscar a la mejor película extranjera en 2013 por la magnífica *La Grande Bellezza*), ha hecho de la estetización un estilo. La espectacularidad y el contraste (Jude Law se prueba su vestuario papal al ritmo electrónico de "I'm sexy and I know it" de LMFAO) subrayan la idea que no estamos en presencia de una fotografía de la realidad sino de su absoluta manipulación.

El joven Papa se llama Lenny Belardo (Law), tiene 47 años y es el primer Sumo Pontífice norteamericano en la historia de la iglesia católica. Ha sido elegido en el cónclave fruto de un error de cálculo de su mentor, el cardenal Spencer (James Cromwell en su mejor versión), el más papable de los candidatos. Quienes conspiraban contra aquella predecible elección supusieron que la juventud de Lenny sería equivalente a su ductilidad. Pero pecaron de crédulos. Como le dice Spencer a Angelo Voiello (personificado por el italiano Silvio Orlando), el Cardenal Secretario de Estado de la Santa Sede y monje negro de la política vaticana, "olvidaste la más obvia de las verdades: los jóvenes son más extremos que los viejos". Y Lenny es, claro, un extremo. Eligió el nombre de Pío XIII para un papado (Pío XI y su sucesor, Pío XII, fueron los conductores de la iglesia durante el régimen fascista) oculista, ultraconservador, que no admitirá medias tintas en la devoción a Dios y a su vicario principal: él mismo.

De niño, Belardo fue abandonado por sus padres y se crió en un orfanato bajo el ala de la Hermana María (la extraordinaria Diane Keaton), personaje central en la incipiente consolidación de su poder dentro de las claustrofóbicas paredes de la Santa Sede. Esa condición huérfana marcará la relación de Belardo con el mundo, con sus semejantes, con Dios y, desde que es Papa, con la feligresía. En una entrevista reciente, Sorrentino afirmaba que había querido evitar hacer una serie "que le guiñara confortablemente un ojo a un público ateo" si no que, al contrario, indagara en el fondo de la fe. "¿Y cómo es el peso de Dios?", pregunta retóricamente el Cardenal Caltanissetta: "frágil". Lenny oscila entre la más fría y hábil calculación y la inocencia más sensiblera, caprichosa. Y es difícil discernir cuándo se trata de una u otra. Lenny es inestable, vanidoso y aniñado, a la vez que determinado y sa-gaz. Lenny duda de Dios. Y para erradicar esa duda no ha encontrado mejor solución



que imponer su dogma sin miramientos, lo cual despertará el horror de los cardenales. Desde que comenzó con el proyecto, alrededor de 2013, Sorrentino detectó que el mayor miedo de la iglesia contemporánea era el descenso en el número de fieles. Por eso, quizás, es que el perfil de Bergoglio sea tan dialoguista. "¿Por qué no inventamos un Papa que sea diametralmente opuesto en todo sentido a Francisco?", se preguntó Sorrentino. "Después de todo, no hay razón para suponer que en el futuro, quizás como un quiebre con su predecesor, no exista un Papa menos progresista y ecuménico que el que tenemos hoy (...). Lenny es la semilla de un fundamentalismo católico que descartamos categóricamente, tanto como lo hubiéramos hecho 50 años antes con el fundamentalismo islámico". Esa teoría del péndulo (tan cara a los argentinos) le proveyó a la serie un condimento especial: ¿qué otra nación con peso mundial cambió un líder moderado, carismático y esperanzador por uno retrógrado, reaccionario, impiadoso, incongruente, caprichoso e incomprensible? ¿Les suena familiar?

Sí, desde su aparición en el Festival de Venecia en septiembre de 2016, quedó claro que este joven Papa se parecía bastante menos a Bergoglio que a Donald Trump. Sorrentino aclara en todas sus intervenciones que aquella no fue una intención pero que, sí, el sueño de la razón produce monstruos y los

tiempos que corren también. Para Sorrentino, el gran tema de la serie es la soledad, "el punto crucial de la condición humana. Incluso el Evangelio, cuando llega al climax de su relato, cuando quiere demostrar que Dios realmente se ha convertido en hombre, deja solo a Jesús en la cruz, y hace sentir la soledad en ese grito desgarrador: 'Mi Dios, ¿por qué me has abandonado?'". Los sacerdotes de *The Young Pope* son hombres abandonados, dejados a la buena de Dios (¿acaso no lo son todos los hombres?). Enfrentan un destino marcado menos por la duda de si Dios existe o no que por su necesidad, de la cual ellos, encima, son su garante. A fin de cuentas, dice Sorrentino, refiriéndose al personaje de Voiello, napolitano como él, que "solo permaneciendo atados a la realidad de la vida humana -un gol de Maradona o la inteligencia de un chico discapacitado- es que ese destino puede ser vivible".

François Truffaut dijo que el cine antibélico era prácticamente imposible dado que la esencia de la guerra es intrínsecamente cinematográfica. Quizás valga lo mismo para la iglesia. Desde su fundación ha sido, entre otras cosas, la escenificación de una verdad misteriosa y redentora; inalcanzable; la puerta de una revelación. Como el muro de Shih Huang Ti, una iglesia amurallada para sus fanáticos es fascinante en la pantalla de televisión; como el de Trump, peligrosa. ■



La fábula del voyeur y el periodista

El maestro del nuevo periodismo, Gay Talese, se guardó un secreto durante más de 30 años y recién ahora ha podido escribirlo.

El 7 de enero de 1980, Gay Talese recibió una carta. Un hombre de la ciudad de Aurora, en el centro de Estados Unidos, necesitaba compartir un secreto que quemaba. Había comprado un hotel de 21 habitaciones “para satisfacer mis necesidades de voyeur” y “mi ilimitada curiosidad acerca de la gente”. Su proyecto excedía la fantasía onanista. Gerald Foos quería ser parte de algo grande. Acaso complementar los estudios de los institutos Kinsey y Masters & Johnson, que estaban revolucionando la forma de entender la sexualidad.

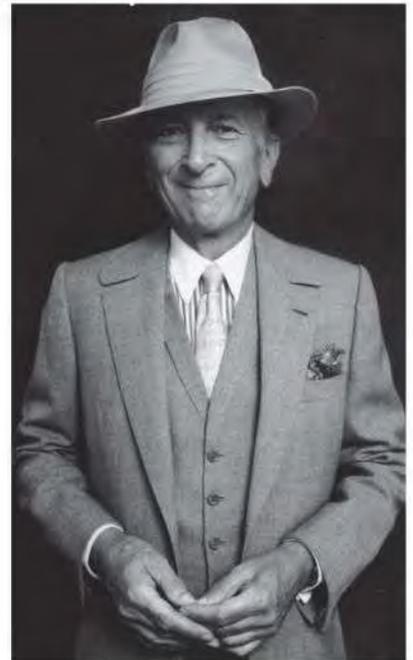
El remitente sabía que Talese (Nueva Jersey, 1932) estaba por publicar *La mujer de tu prójimo*, una investigación sobre la cultura del amor libre que lo había llevado a involucrarse en un salón de masajes y en una comunidad swinger. Foos, un hombre vigoroso de 45 años, le contó cómo había abierto agujeros de 35 centímetros por 15 en los techos de doce habitaciones, que cubrió con rejillas para disfrazar de conductos de ventilación. Después del *check in*,

POR **PABLO CORSO**

subía a un desván alfombrado y espiaba a los huéspedes. Era una “sensación de tremendo poder y euforia”.

Después de algunas dudas, Talese -padre fundador del nuevo periodismo, un talento riguroso- aceptó la invitación a pasar unos días en el Manor House. La primera noche vio a “una atractiva pareja desnuda tumbada en la cama y practicando sexo oral”. Quedó tan absorto que su corbata se deslizó por la rejilla; estuvo a punto de arruinar vida y obra de su anfitrión. Volvió al desván unas cuantas veces, pero se fue seguro de que no volvería. No iba a publicar la historia bajo el anonimato que imponía Foos.

Ya en su casa de Nueva York, empezó a recibir los diarios del voyeur, un registro de pesos, alturas, razas y posiciones que arrancaba en 1966. Las entregas se fueron complementando con cartas y llamados. Talese cayó en la red. No podía escribir y no podía dejar de leer. “Todos los hombres son voyeurs hasta cierto grado, y lo demostrarán si se les concede la oportunidad”, escri-





LIBROS



bió el dueño del hotel, que operaba bajo una moral singular: mientras no lo descubrieran, lo que hacía estaba bien.

Foos había empezado de chico, espiando a su voluptuosa tía Katheryn. No tuvo sexo en el secundario pero se desquitó en la Marina, donde pasó cuatro años entre bares y prostíbulos. Donna, su primera esposa, resultó la compañera ideal: una enfermera, por definición difícil de escandalizar, que disfrutaba con él de las excursiones al desván del hotel. Foos vio incestos y violaciones. Vio a dos hombres disfrazados de oveja y a un señor haciéndole el amor a un osito de peluche. Era un observador participante. Se metía en las habitaciones para comprobar talles de corpiños, dejaba consoladores y revistas porno para testear a sus criaturas (la mitad los usaron, entre ellas una monja).

Una de aquellas intervenciones, escribió el voyeur, terminó en tragedia. El 10 de noviembre de 1977 un dealer golpeó y estranguló a su mujer en la habitación 10. La acusaba de haberle robado marihuana y

pastillas, pero el propio Foos se había metido en el cuarto para tirarlas por el inodoro. Cuando dejó de observar la escena, la mujer todavía respiraba. Pero al día siguiente estaba muerta. Talese lo supo seis años después. Se escandalizó y pasó noches sin dormir, pero optó por proteger a su fuente y no hacer la denuncia.

En los 80 y 90, Foos siguió enviando sus cartas y Talese atendiendo sus llamados. Salvo algunas buenas noticias (más encuentros interraciales, la persistencia de las lesbianas en los orgasmos mutuos), el voyeur creía que las parejas tenían cada vez menos sexo y más discusiones. “La gente es básicamente deshonesto y sucio”, se quejaba. Lo enfurecía que fumaran -el humo le subía a la cara- y que se limpiaran las manos grasientas con las sábanas, pero, sobre todo, la hipocresía entre lo que aparentaban y lo que hacían. Se volvió un antisocial y se recluyó en la vida familiar.

Asediado por la artritis, tapó los agujeros y vendió el hotel en 1995. En 2013, ya con 78 años, llamó a Talese: creía que sus de-

litos habían prescrito y estaba listo para que la historia se hiciera pública. Un mes después se encontraron en Denver. Mientras Foos se quejaba de que ahora había cámaras en todas partes, el periodista le avisó que ni la policía, ni los forenses ni los diarios locales habían podido confirmarle el asesinato de 1977. No era el único punto ciego del relato.

Cuando *El motel del voyeur* ya estaba en imprenta, *The Washington Post* reveló que Foos no había sido el dueño de Manor House entre 1980 (después de la visita de Talese) y 1988. Enterado del desliz, el escritor se angustió y dijo que no promocionaría la obra. Había perdido la confianza en su hombre, que cobró por la publicación de los diarios. En un comunicado posterior, aclaró que no desautorizaba el trabajo y que estaba dispuesto a corregir nuevas ediciones. “Foos era un narrador inexacto y poco fiable”, reconoce al final del libro. “Pero sin duda fue un voyeur épico”. El protagonista, como plantearon las críticas más benignas, de una historia demasiado buena como para no ser contada. ■